

LIBROS

El «Azorín», de José María Valverde

José María Valverde publicó el año pasado un estudio sobre la vida y la obra de Azorín que —me apresuro a decirlo— es un raro ejemplo de equilibrio crítico. En ningún momento la valoración positiva de una cierta obra azoriniana arrastra a Valverde hasta el punto de restarle lucidez cuando tiene que enfrentarse con sus creaciones más delezna- bles. Lo que precisamente se agradece en este ensayo es que se nos ofrecen todas las claves por las que es posible entender cómo el comprometido autor de «La Andalucía trágica» llegó a escribir páginas tan acrílicas y tan idealistas, o cómo el estilista de «La voluntad» llegó a reducir su escritura a unas fórmulas virtuosistas inoperantes.

Creo que no se habrá sorprendido Valverde al comprobar —esta vez en su carne— que un libro de la importancia del suyo haya pasado inadvertido prácticamente. Y, sin embargo, el libro salió a la calle en un momento oportuno: coincidía con el centenario de Baroja, tan próximo al tema, y se adelantaba prudentemente al aniversario que ahora celebramos (?) del nacimiento de Azorín.

El «Azorín», de José María Valverde (Editorial Planeta), sin ser una biografía literaria como la que escribió Ramón Gómez de la Serna, sino profesoral y erudita, mantiene en alto grado el interés del lector. Esto se debe a que nunca la documentación llega a distraer- nos del drama del escri-

tor levantino, del itinerario patético que, como hemos dicho, constituye el tema central de la obra. Valverde ha podido releer para nosotros a Azorín a una distancia en que le es posible ya hacer una justa valoración. No fue este el caso de Gómez de la Serna, a quien la excesiva cercanía le llevó a escribir más una «radiografía» que una biografía, para, años más tarde, añadir a la tercera edición de Losada un «ex libris» despechado y sangriento. Gómez de la Serna, para quien Azorín constituyó la máxima admiración literaria, al igual que Ortega y Gasset lo

de un investigador que no desprecia ninguno de los elementos de la vida y la obra del biografiado, ya que, gracias a ello, es posible comprender la conflictividad de José Martínez Ruiz, ciudadano y escritor. En efecto, a lo largo de estas cuatrocientas páginas se nos describe el itinerario de un escritor que irrumpió anarcoide, subversivo, anticonvencional, y que llegó a una madurez de estilo, literariamente revolucionario e ideológicamente crítico («La voluntad», «Antonio Azorín», «La Andalucía trágica», «Al margen de los clásicos»), para terminar en una sombra de sí mismo.



Azorín

fue a nivel político y filosófico, llegó a escribir, en este añadido inesperado, juicios como el siguiente: «En este momento (diciembre de 1954) se ve que es un provinciano que nos vino de Levante, y que sólo quería muchos postres. Con su aire de ciego que veía con lucidez los paisajes, llegó a la Corte para conseguir una vida rentable».

El libro de Valverde es, en cambio, un estudio ecuaníme al tiempo que valeroso. Valeroso digo, porque dedicar cuatrocientas páginas a Azorín supone enfrentarse con gentes que consideran que el autor de «La voluntad» no merece este esfuerzo. Y es un estudio desapasionado, porque en ningún momento se parte de apriorismos. Si el lector puede encontrar alguna pasión en esta biografía es la pasión

Valverde nos describe el proceso regresivo de Azorín, la pérdida de su sentido crítico, su alejamiento de la realidad, y de qué forma el oportunismo del ciudadano Azorín influyó gravemente sobre el escritor Azorín.

¿Cuáles fueron las causas de esta inflexión azoriniana? José María Valverde ha señalado lúcidamente los fallos ideológicos que el joven Azorín ocultaba bajo su inicial, estridente anarquismo: por un lado, una profunda abulia escéptica sobre la reforma de la sociedad; por otro, y como compensación, un afán de pequeñas reformas. Azorín cayó —dice su biógrafo— en la secular trampa de abominar del Estado, e inhibirse ante «el estado de cosas». El seguidor entusiasta de Pi y Margall no llegaría a sentir empacho un día

en militar a las órdenes de Maura y La Cierva como diputado por Purcherna. El último Azorín, el de las claudicaciones cívicas y los estilismos ineficaces, ha enterrado con frecuencia al testigo de una época. José María Valverde ha conseguido restituírnos la figura total de Azorín con todas sus sombras y todas sus luces: «en su valor de conciencia social, de capacidad de observar la realidad nacional —campos, pueblos y tipos— con la mirada abierta a ese pasado, del que nos siguen llegando glorias y dolores». ■ CESAR ALONSO DE LOS RIOS.

La cultura nazi: Crítica y antología

Los elementos básicos de los movimientos nazi-fascistas de la primera mitad del siglo eran irracionales o, por mejor decir, irracionales. Pueden hoy considerarse como una respuesta desesperada a la falta de soluciones que las doctrinas racionalistas o lógicas habían aportado a los problemas de su tiempo y de los tiempos precedentes, de la misma manera que otros experimentos más inofensivos del irracionalismo cultural, literario y artístico lo estaban siendo ya y lo siguen siendo en nuestros días. La cultura nazi, sin embargo, no tenía la pretensión declarada de ser irracional, como esos movimientos, sino la de pretenderse portadora de un orden natural de valores subvertido desde siglos o milenios atrás por una presencia maligna constante que en su actualidad se revelaba especialmente en las razas judías (creadoras del capitalismo, de la democracia, de un pensamiento cultural degenerativo) y en las razas eslavas (donde había encarnado el comunismo; el hecho de que Marx fuese judío y de que las razas eslavas

hubiesen adoptado el marxismo era una prueba clara de la identidad de propósitos malignos), y muy especialmente también en la enemistad hacia el genio teutónico, hacia la superior raza aria.

«La cultura nazi», de Goerg L. Mosse, publicada por primera vez en Estados Unidos en 1966 y presentada ahora al público español en una cuidada edición de Grijalbo, es sobre todo una selección de textos de la época, desde discursos de Hitler hasta sueltos anónimos publicados en la prensa diaria, incluyendo temarios de examen en escuelas y Universidades, programas de teatro y radio, listas de películas... Y textos de intelectuales de primera categoría, como los de los Premios Nobel Leonard y Stark (Stark, galardonado con el Nobel por sus estudios acerca del campo electromagnético, escribía glosando a Leonard que la ciencia natural era «abrumadoramente una creación del componente sanguíneo nórdico-germano en los pueblos arios», mientras que la ciencia judía «se esfuerza solamente por atender a los hechos solamente en la medida en que no se oponen a sus opiniones y propósitos», de forma que «el espíritu judío tiene poca aptitud para la actividad creadora en ciencias, porque toma como medida de las cosas su individual querer y pensar, mientras que la ciencia exige observación y respeto por los hechos»; Stark había sido enemigo de Einstein, y cuando se le había planteado el ejemplo de Hertz, decía: «Es verdad que Heinrich Hertz hizo el gran descubrimiento de las ondas electromagnéticas, pero no era completamente de sangre judía. Su madre era alemana, y por ese lado, su dotación espiritual podía estar bien condicionada»).

Mosse introduce el libro, y cada apartado, con un examen propio del contexto histórico y con una breve crítica de la línea cultural nazi, incluyendo la de sus antepasados europeos, como Georges Sorel y Gustave le Bon. Podría haber incluido a muchos más —Chamberlain, Gobineau, Maistre, Pareto, Gabriel Tarde—, porque el nazismo no es una creación alemana, como el fascismo no lo fue de Italia, sino que procede de un espíritu europeo de reacción ante los fenómenos consecutivos de la Revolución francesa y la revolución industrial: una gran antología del pensamiento fascista (aún *avant la lettre*) en Europa está por hacer y sería utilísima para comprender toda una gran tendencia no extinguida —al contrario, muy presente—, de la que el nazismo no fue más que un epifenómeno; de otra forma se cae en el riesgo de atribuirlo a una sola época histórica, a un pueblo determinado y a un puñado de teóricos, siendo en realidad un tema de mucha más permanencia y vigencia de lo que generalmente se cree. ■ H. T.

Jean Daniel y la máscara de la comedia

Parece que un periodista está siempre destinado a escribir acerca de los otros, aun cuando escriba acerca de sí mismo. Le sucede a Jean Daniel —codirector del «Nouvel Observateur»; su firma aparece con frecuencia en TRIUNFO— en su gran libro «Le temps qui reste» (Stock. París, 1973), que obtuvo recientemente el Premio Internacional del Libro de Niza. Es un «ensayo de autobiografía profesional»: es, sobre todo, un fragmento vivido de la Historia de Francia y del mundo, desde las primeras opciones políticas en el Bachillerato —la extrema derecha de Maurras, la extrema izquierda de Barbusse, de Romain Rolland—, a la guerra contra los ale-